

El significado histórico del Eurocomunismo

Por Enrique M. UREÑA *

«A mi modo de ver el fenómeno eurocomunista constituye actualmente un síntoma privilegiado a través de cuyo estudio crítico se puede detectar el comienzo de un proceso de desintegración del Marxismo en cuanto alternativa compacta y científicamente definida a la llamada sociedad capitalista occidental.»

INTRODUCCIÓN

Todo acontecimiento de verdadera importancia necesita de un largo tiempo para que lleguen a hacerse realidad y a darse a conocer inequívocamente sus significados más profundos. Y, por lo tanto, la relevancia, histórica de todo acontecimiento necesita igualmente de un largo tiempo para que pueda ser valorada en su justa medida. Un juicio apresurado sobre un hecho reciente corre así el riesgo ineludible de tomar por significativo lo que en realidad es banal, o de despreciar como intrascendente lo que es portador de un verdadero significado histórico.

El Eurocomunismo es un fenómeno históricamente todavía muy joven. Es demasiado reciente como para poder aventurar con pretensiones de validez científica un juicio acerca de su trascendencia o de su naturaleza puramente efímera. Sin embargo, su impacto inmediato ha sido tan grande que no sólo se convirtió en seguida en el objeto de valoración crítica de un número nada despreciable de libros y de artículos, sino que llegó incluso a ser considerado como el acontecimiento político más importante ocurrido en Europa desde el fin de la «guerra fría» (1).

* Doctor en Ciencias Económicas y en Filosofía. Profesor en la Universidad Comillas.

(1) Véase I. SOTELO, «Las paradojas del Eurocomunismo (I)», *Sistema*, número 20, septiembre 1977, p. 77. A mi modo de ver es éste uno de los mejores artículos que se han escrito hasta el momento sobre el Eurocomunismo.

A pesar de que ese interés por el Eurocomunismo ha disminuido en los últimos meses, yo sigo compartiendo la opinión de aquellos que ven en el «nuevo estilo» de los partidos comunistas de España, Francia e Italia un fenómeno de verdadera relevancia histórica. Pero creo también que el significado más profundo del Eurocomunismo va mucho más allá de lo que generalmente se piensa y se dice. A mi modo de ver el fenómeno eurocomunista constituye actualmente un síntoma privilegiado a través de cuyo estudio crítico se puede detectar el comienzo de un *proceso de desintegración del Marxismo en cuanto alternativa compacta y científicamente definida* a la llamada sociedad capitalista occidental. En el presente artículo me voy a limitar a exponer las líneas generales de la reflexión teórica que me condujo hasta esta valoración del Eurocomunismo, sin entrar en el tratamiento de otros aspectos sin duda también muy importantes del fenómeno eurocomunista (2). Quiero también dejar constancia explícita de que soy consciente del riesgo que corre la tesis que voy a proponer aquí, por las razones apuntadas en los párrafos anteriores.

El resto de este artículo tendrá dos partes claramente diferenciadas. La primera parte posee un carácter preparatorio. En ella presentaré, en forma resumida y sistematizada, lo que a mi entender son los rasgos básicamente característicos de la postura eurocomunista y de los intentos de fundamentación teórica y práctica de esa postura. Sólo desde esa explicitación de lo que «es» para mí el Eurocomunismo podrá comprenderse suficientemente la valoración crítica que me merece ese fenómeno. Esa valoración será el objeto de la segunda parte del artículo. En ella desarrollaré el sentido en el que el Eurocomunismo constituye a mi modo de ver un síntoma de autodesintegración histórica del Marxismo (3).

EL NUEVO ESTILO DE LOS PARTIDOS EUROCOMUNISTAS Y SU FUNDAMENTACIÓN

Las dos características generales más significativas de la actuación política de los partidos comunistas de España, Francia e Italia son sin duda alguna la búsqueda de una nueva vía democrática hacia el socialismo y un real distanciamiento crítico respecto al partido comunista de la Unión Soviética (4). Estas dos características cruciales de la política eurocomunista están estrechamente ligadas entre sí. Los partidos eurocomunistas a duras penas podrían mantener con sinceridad y con credibilidad la búsqueda de un socialismo verdaderamente democrático si permanecieran

(2) En un futuro próximo espero ofrecer al público un estudio más desarrollado de las principales ideas expuestas en este artículo.

(3) En lo que sigue renuncio a citar los escritos de Carrillo, Marchais y Berlinguer, puesto que las ideas que componen mi resumen en el próximo apartado se repiten continuamente en ellos. He tenido en cuenta principalmente los siguientes: S. CARRILLO, *Eurocomunismo y Estado*, Madrid, 1977; MAX GALLO, RÉGIS DEBRAY, *Santiago Carrillo: Mañana España*, Barcelona, 1977; E. BERLINGUER, *La cuestión comunista*, Barcelona, 1977; BERLINGUER, CARRILLO, MARCHAIS..., *La vida europea al socialismo*, Barcelona, 1977.

(4) Véase, p. ej., el magnífico resumen montado sobre estas dos características en: *Problèmes politiques et sociaux* (20-1-1978), París, p. 3.

sumisos y acriticamente cercanos al partido comunista de la Unión Soviética. Este último ha funcionado y funciona en una forma claramente monolítica y dictatorial, a la vez que ha conculcado abiertamente derechos humanos fundamentales y consustanciales a todo régimen que se precie de titularse democrático (5). La promesa eurocomunista de un socialismo que tenga de democrático algo más que la pura etiqueta ha alentado necesariamente la concientización y explicitación crítica del desengaño que produce el socialismo marxista de corte soviético en el ciudadano medio de nuestros países occidentales desarrollados. De ahí precisamente la tensión creada entre los partidos eurocomunistas de España, Francia e Italia y el partido comunista de la Unión Soviética, que ha tenido también sus repercusiones en otros partidos comunistas de los países del Este europeo. Esta situación de tensión entre la Unión Soviética y los partidos eurocomunistas llegó a alcanzar entidad suficiente como para haber sido considerada con razón como una *nueva crisis del movimiento comunista internacional* (6).

Pero sí el nacimiento y primer robustecimiento del Eurocomunismo puede así ser considerado como originante de una crisis en el comunismo internacional, su búsqueda y promesa de un socialismo verdaderamente democrático ha podido despertar tanto interés en el mundo occidental precisamente porque ha surgido en un momento histórico en el que *la sociedad capitalista internacional se encuentra sumida en una nueva y grave crisis* (7). Apesadumbrados ante esta nueva crisis, tanto más desesperanzadora por cuanto que ha sobrevenido tras el largo y prometedor período de auge y estabilidad que siguió a la segunda guerra mundial (8), algunos sectores de nuestras sociedades occidentales han vuelto sus ojos esperanzadoramente hacia ese socialismo marxista de rostro humano y democrático, que promete acabar con las irracionalidades y con las injusticias del capitalismo. Podríamos, por lo tanto, decir que *el Eurocomunismo surge flanqueado a derecha e izquierda por dos crisis: por la crisis del mundo comunista y por la crisis del mundo capitalista*. El Eurocomunismo agudiza la crisis comunista mientras que encuentra en la crisis capitalista el terreno abonado para su propio florecimiento y robustecimiento.

Pero a pesar de esos condicionamientos favorables, la experiencia histórica pasada y presente del antidemocratismo de todos los partidos políticos comunistas que han llegado a hacerse con el poder lastra la soñada marcha triunfal del Eurocomunismo. Esa experiencia histórica hace surgir inevitablemente la pregunta no sólo acerca de la *credibilidad* de las *intenciones* últimas de los eurocomunistas, sino también y sobre todo acerca de la *posibilidad de realización* de un socialismo marxista verdaderamente democrático. Los eurocomunistas han sido y son naturalmente conscientes de este lastre histórico y han sentido la necesidad de responder a aquel

(5) Esto no significa evidentemente negar los aspectos positivos del socialismo de la URSS ni la existencia de represión en las democracias occidentales.

(6) Véase F. CLAUDÍN, *Eurocomunismo y Socialismo*, Madrid, 1977, p. 3.

(7) Véase, p. ej.: A. GAMBLE y P. WALTON, *Capitalism in Crisis. Inflation and the State*, London, 1976; *La crisis contemporánea*, Encuentro ediciones, Madrid, 1978.

(8) Véase, p. ej.: A. SHONFIELD, *Modern Capitalism*, Oxford, 1965.

E. M. UREÑA

interrogante. Su respuesta puede establecerse en dos pasos (9). En primer lugar intentan mostrar que es *posible* la implantación de un socialismo verdaderamente democrático en nuestros países occidentales desarrollados, y que la situación general de estos últimos está incluso *exigiendo* el avance hacia esa implantación. En un segundo paso intentan mostrar que, además, en nuestras sociedades occidentales desarrolladas, un socialismo *únicamente podría* ser implantado *por vía democrática*. Vamos a detenernos un poco en estas dos fases.

El intento eurocomunista de fundamentar la posibilidad y la exigencia del establecimiento de un socialismo marxista en nuestros países capitalistas industrializados presenta una doble vertiente. Por un lado los eurocomunistas se esfuerzan por mostrar que el carácter totalitario y represor del socialismo implantado en la Unión Soviética tras la Revolución de Octubre fue *el producto forzoso de un determinado contexto histórico*. Por otra parte, argumentan que el contexto histórico en el que se encuentran inmersos actualmente nuestros países capitalistas desarrollados posibilita en cambio, e incluso favorece, la construcción en ellos de un socialismo marxista verdaderamente democrático.

El contexto en el que nació, y se fue consolidando hasta el final de la «guerra fría», el socialismo dictatorial de la Unión Soviética, está definido para los eurocomunistas fundamentalmente por tres circunstancias. En primer lugar, la Unión Soviética era entonces un país económicamente poco industrializado y carecía por lo tanto de la base material necesaria para la implantación inmediata de un socialismo pleno y democrático. En segundo término, el partido comunista de la Unión Soviética, que había conquistado el poder político aprovechando unas circunstancias muy especiales de descomposición interna del país, carecía del apoyo concientizado de la mayoría de la población. En tercer lugar, y finalmente, el equilibrio de las fuerzas internacionales estaba clarísimamente descompensado a favor del bloque formado por los países capitalistas, los cuales llegaron incluso a ayudar militarmente a las «fuerzas reaccionarias» que pretendían hacer abortar el primer intento histórico de realización de un socialismo marxista. Dentro de este triple contexto, concluyen los eurocomunistas, la pura *supervivencia* del socialismo *no tenía otra salida* que la de renunciar por el momento al ideal de una verdadera democracia.

Pero ese triple contexto histórico, continúan arguyendo los eurocomunistas, no se corresponde en lo más mínimo con la situación actual de nuestros países occidentales industrializados. En primer lugar, esos países han alcanzado un considerable grado de desarrollo de las fuerzas productivas, que posibilita e incluso está *exigiendo* ya la preparación del paso de la forma capitalista de producción a una forma socialista y democrática como Marx la previera y quisiera. En segundo lugar, está creciendo en nuestros países occidentales desarrollados la concientización de la necesidad de dar ese paso como única solución posible a la crisis actual del mundo capitalista, que además ya no es sólo una crisis puramente eco-

(9) Esta división obedece a motivos analíticos y de claridad expositiva.

nómica, sino también una crisis social, política y cultural, es decir, una crisis «total» del sistema de vida occidental-capitalista. Esa conciencia se está apoderando de sectores cada vez más amplios de la sociedad, que rebasan la clase puramente trabajadora. Así se está creando, por lo tanto, la base humana y ciudadana necesaria para dar el paso hacia el socialismo marxista por la vía democrática. Finalmente, en tercer lugar, la balanza de las fuerzas internacionales se ha equilibrado. La potencia militar y económica del bloque comunista, con la Unión Soviética a la cabeza, así como el creciente despertar en los últimos años de los movimientos independentistas de los países del llamado Tercer Mundo, han debilitado decisivamente la capacidad de las potencias capitalistas, con los Estados Unidos de América al frente, para anular y bloquear lo que ya son conquistas históricas del socialismo. Y es aquí precisamente, en este tercer punto, en donde los eurocomunistas ven que el socialismo dictatorial y opresor que surgió en Rusia tras la Revolución de Octubre no sólo encuentra una *explicación* en virtud del triple contexto histórico resumido en el párrafo anterior, sino incluso también una *justificación* histórica: el robustecimiento económico y militar de la Unión Soviética, ampliado y consolidado después de la segunda guerra mundial con la incorporación de otros países europeos al férreo bloque comunista, *creó las condiciones internacionales* para que el socialismo marxista pudiera ir abriéndose paso *hasta llegar a la posibilidad actual* de su triunfo democrático en los países en los que ha nacido y se ha ido desarrollando el Eurocomunismo.

Vayamos finalmente al segundo paso antes anunciado: los eurocomunistas señalan que el posible establecimiento de un socialismo marxista en los países en los que ha surgido el Eurocomunismo *solamente podría* llevarse a cabo en la forma de un socialismo verdaderamente democrático.

La argumentación en este segundo paso, que presenta también una doble vertiente, es muy sencilla y puede resumirse muy brevemente. Por un lado los eurocomunistas ofrecen una argumentación de tipo *histórico*: el ideal democrático está lo suficientemente arraigado en los países occidentales industrializados como para que las libertades democráticas y los derechos fundamentales de la persona humana hayan pasado a constituirse en ellos como un logro histórico *al que ya no es posible renunciar*. Por otro lado la fundamentación eurocomunista del carácter democrático del socialismo marxista hacia el que ellos quieren avanzar presenta también un aspecto *teórico y doctrinal*: la democracia es *consustancial* al socialismo marxista, de manera que es imposible querer realizar un *verdadero socialismo* sin querer realizar a la vez una *verdadera democracia*. La articulación de estos dos aspectos de la argumentación, el histórico y el doctrinal, desemboca una vez más en lo que se podría llamar la tesis central del Eurocomunismo: en los países occidentales industrializados se han creado ya las condiciones históricas para la realización de un tipo de sociedad como Marx lo adelantara teóricamente.

Y con esto podemos pasar ya a la segunda parte de nuestro artículo.

E. M. UREÑA

LA DESINTEGRACIÓN DEL MARXISMO

En cierta ocasión J. K. Galbraith, una de las mentes más brillantes de la ciencia económica contemporánea, afirmó que *El Capital*, junto con la Biblia y con *La Riqueza de las Naciones*, era uno de los tres libros sobre los que todo el mundo se sentía con derecho a opinar sin haberse sentido nunca, sin embargo, en la necesidad de haberlos leído. Esta pintoresca afirmación de Galbraith encierra una gran verdad: Marx estaba (con razón) orgulloso de haber ido elaborando durante cuarenta años una crítica rigurosamente científica de la forma capitalista de producción, pero no previó que precisamente el rigor y la complejidad de sus análisis (que ya le impidieron a él mismo terminar su obra) iban a determinar que su crítica sólo pudiera pasar al terreno de su aplicación política tras haber sido vergonzosamente vulgarizada y mutilada en sus más genuinos logros científicos.

El talón de Aquiles de la inmensa obra de Marx está a mi modo de ver en la articulación entre sus elementos *analíticos* y sus elementos *utópicos*. Marx intentó seriamente realizar esa articulación en una forma científica, aunque no lo lograra en un grado suficientemente satisfactorio. El *Marxismo de los Partidos Comunistas* tras la Revolución de Octubre ahogó en sangre toda posibilidad de continuar críticamente la obra de Marx, y puso al servicio de una utopía doctrinaria e ideológica elementos sueltos del edificio analítico marxiano. El *Eurocomunismo* quiere ahora combatir ese doctrinarismo represor e ideológico y reganar aquel intento de una seria articulación del análisis y de la utopía de Marx, incorporando además en ella el nuevo contexto objetivo (económico y sociopolítico) del capitalismo contemporáneo. Y es precisamente en este honrado esfuerzo en donde yo leo el gran significado histórico del Eurocomunismo: si ese intento se llevase hasta sus últimas consecuencias *se pondría el punto final a la historia del Marxismo de los Partidos Comunistas*. Veamos esto con un poco de calma.

El Materialismo Histórico de Marx pertenece en cuerpo y alma a la gran tradición de pensamiento filosófico-histórico y socio-evolutivo de los dos últimos siglos. Su característica más específica, dentro de esa tradición, consiste en el papel decisivo que desempeñan la historia de la economía y el análisis económico en la interpretación de la dinámica evolutiva de las sociedades humanas. Si para Hegel la historia del hombre se comprende fundamentalmente a través de una reconstrucción de la historia de las ideas, para Marx aquella historia humana se comprende básicamente desde una reconstrucción de la historia de la economía, de la historia de la industria y del comercio (10). Mediante esa reconstrucción Marx pretende articular los elementos utópicos de su teoría de la sociedad dentro de un *corpus* analítico y «científico».

En mi opinión los dos elementos utópicos centrales de la obra de Marx se corresponden con las dos características básicas de la futura so-

(10) *La ideología alemana*, Marx Engels Werke (MEW), 3, 38.

ciudad comunista marxiana: 1.^a) en esa sociedad habrá desaparecido por fin la división de clases sociales explotadoras y explotadas; 2.^a) en esa sociedad la economía estará organizada sobre la base de la apropiación social (no privada) de los principales medios de producción, y, correspondientemente, sobre la base de una verdadera cooperación de todos sus miembros en la planificación racional y justa de una producción orientada directamente a la satisfacción de las verdaderas necesidades humanas de todos y cada uno de esos miembros. Esta es la traducción concreta marxiana de dos elementos utópicos que, desde una perspectiva más amplia y más general, son característicos de toda aquella gran tradición del pensamiento filosófico-histórico y sociopolítico occidental moderno. Esta tradición concibe efectivamente el desarrollo histórico de la sociedad humana como un progreso impulsado hasta el momento presente *por el conflicto y la lucha interesada entre distintos grupos*, a la vez que prevé, para un futuro más o menos próximo, el fin de esa dinámica histórica conflictiva y la configuración de una sociedad humana basada definitivamente sobre relaciones de justicia, de cooperación, de paz y de verdadera libertad para todos sus miembros, es decir, de una sociedad *verdaderamente democrática* (11).

Ahora bien, tanto el dinamismo social conflictivo como su desembocar en la configuración de una sociedad justa y pacificada no aparecen enmarcados en la obra de Marx, como p. ej., en la de Hegel, dentro del modelo teórico de un resquebrajamiento y recomposición de la eticidad (*Sittlichkeit*). El conflicto social aparece en Marx encajado y entrelazado en un análisis estrictamente económico: las clases sociales asalariada y capitalista, así como su relación de explotada y explotadora, aparecen *como pilares analíticos de la única explicación científicamente satisfactoria del funcionamiento de la economía capitalista* (12). En esta misma *teoría económica* marxiana la que descubre una dinámica de autodesarrollo capitalista que ha de desembocar necesariamente en la exigencia de una nueva forma de producción, basada en un tipo de cooperación y planificación que a su vez presupone la configuración de una *sociedad sin clases antagónicas y verdaderamente democrática*. Y, finalmente, es también esa misma *teoría económica* marxiana la que define a la clase asalariada como *el sujeto objetivamente revolucionario* que, una vez concientizado subjetivamente en su misión histórica, ha de dar la puntilla a una sociedad capitalista tambaleada por sus propias contradicciones internas, e iniciar así la construcción de la futura sociedad sin clases.

Aun cuando el esfuerzo de Marx haya sido verdaderamente descomunal y digno de admiración, el autor de *El Capital* no logró realizar una articulación suficiente entre los aspectos utópicos y los analíticos de su obra, como ya apuntaba antes. Y ello principalmente por dos razones relacionadas entre sí: porque su afán de «cientificidad» le llevó a caer en definitiva en un cierto economicismo larvado (13), y porque no complementó

(11) Véase mi artículo «Raíces filosófico-culturales del materialismo histórico», *Fomento Social*, enero-marzo, 1979, 59-68.

(12) Véase ENRIQUE M. UREÑA, *Karl Marx Economista*, Tecnos, Madrid, 1977.

(13) En el enfoque de la crítica del «economicismo» marxiano coincido con la

su teoría económica con una teoría política o, al menos, con una teoría del estado (14). Así, p. ej., el problema crucial de la relación entre sociedad civil y estado, planteado y discutido ya genialmente por Hegel, e incluso por Kant (15), y a cuyo tratamiento está tan ligada la discusión acerca de la verdadera democracia moderna, quedó sin desarrollo en la obra marxiana. Es decir: desde su modelo teórico económico de libre competencia, desenvuelto con todo lujo de profundidad y de «cientificidad», Marx ha venido a mostrarnos coherentemente lo que tendría que ocurrir, o lo que tendríamos que hacer, para que la economía siguiera desarrollándose racionalmente; pero al conjunto de su obra le faltaron en grado notable las mediaciones socio-políticas.

Creo que no es necesario extenderse aquí sobre el carácter doctrinario y dictatorial del partido comunista de la Unión Soviética y demás partidos comunistas «pre-eurocomunistas». Únicamente me interesa recalcar que, como ya insinuaba antes, el uso dogmático y demagógico de la obra de Marx ha sido y es posibilitado precisamente por la tremenda complejidad de esa obra, complejidad que se documenta privilegiadamente en la difícil articulación socio-político-económica. Una suficiente comprensión y valoración crítica de la teoría de la explotación, p. ej., requiere un bagaje preparatorio y un costo en tiempo tan grande, que ha de quedar necesariamente reservada a un reducido número de especialistas. Y si la aplicación política de esa teoría de la explotación sólo podría hacerse honrada y científicamente desde una comprensión acabada de su naturaleza económica (y esa era la intención y la gran aportación de Marx), nada tiene de extraño que aquella aplicación se haya reducido a recoger simplemente sus contenidos concretos más superficiales y a manejarlos en un uso acrítico y marcadamente demagógico. La ausencia señalada antes de una teoría política en Marx vino a reforzar todavía más ese uso estremeceadoramente vulgarizante de su crítica económica. Aquí sería el lugar de repasar críticamente el camino que va desde Marx a Lenin y desde este último a Stalin.

Los eurocomunistas, decíamos, pretenden reganar un uso crítico y científico de la teoría marxiana que incluya la incorporación en el análisis del nuevo contexto socio-político-económico mundial. En el apartado anterior he ofrecido un apretado resumen interpretativo de las líneas más generales y significativas del planteamiento que ha hecho el Eurocomunismo de esa tarea (16). Ahora voy a hacer algunas consideraciones críticas acerca de ese planteamiento. Ello nos llevará finalmente a matizar la tesis enunciada al comienzo de este artículo.

Escuela de Frankfurt. Véase: ENRIQUE M. UREÑA, *La Teoría Crítica de la Sociedad de Habermas. La crisis de la sociedad industrializada*, Tecnos, Madrid, 1978.

(14) Véase S. AVINERI, *The Social and Political Thought of Karl Marx*, Cambridge, 1968; V. PÉREZ DÍAZ, *Estado, burocracia y sociedad civil*, Alfaguara, Madrid, 1978.

(15) Véase: ENRIQUE M. UREÑA, *La crítica kantiana de la sociedad y de la religión. Kant predecesor de Marx y Freud*, Tecnos, Madrid, 1979.

(16) Entre la literatura eurocomunista el libro de Santiago Carrillo, *Eurocomunismo y Estado* (1977), constituye todavía, a mi modo de ver, el resumen más lúcido y sistematizado de ese planteamiento, aun cuando (ya en la misma intención de su autor) no pueda ser considerado como una contribución científica a su desarrollo.

Hemos visto en nuestro resumen que, en sus análisis de la realidad socioeconómica de los países occidentales desarrollados, los eurocomunistas recogen dos aspectos muy complejos y muy importantes que diferencian esa realidad del contexto socioeconómico del capitalismo que Marx vivió. En primer lugar, frente a un capitalismo liberal de más o menos pura competencia, el capitalismo industrializado de nuestros días se caracteriza por el intervencionismo estatal, por el peso de los sectores llamados monopolistas (17), y por la interdependencia entre investigación y su aplicación técnica y económica, elementos todos ellos que han contribuido decisivamente a un espectacular desarrollo de las fuerzas productivas. En segundo lugar, frente a una sociedad capitalista decimonónica, cuyas crisis sociales estaban directamente montadas sobre las crisis económicas (y así las analizó Marx), nos encontramos ahora con una sociedad capitalista superindustrializada en la que la crisis verdaderamente significativa no es una pura crisis económica, sino una profunda y compleja crisis cultural en el más amplio sentido de la palabra. Estos dos conjuntos de problemática, característicos de nuestras sociedades capitalistas desarrolladas, han sido y siguen siendo estudiadas prolijamente por toda una serie de autores y de escuelas de pensamiento (18), hasta tal punto que, en cuanto problemáticas, se puede decir que han pasado ya a ser lugares comunes. La primera valoración crítica que hay que hacer a la forma en la que los eurocomunistas han incorporado esos dos complejos de problemática en su argumentación puede resumirse así: han recogido los aspectos y problemas más significativos, pero los han usado para su aplicación política en una forma terriblemente superficial; es decir, los eurocomunistas han sucumbido una vez más ante la difícilísima tarea (hoy mucho más difícil todavía que en el siglo XIX) de llevar a buen término un análisis de la realidad socio-político-económica que sea fiel al método marxiano; los eurocomunistas son así (hasta el momento presente) marxistas «de etiqueta» (igual que lo han sido en su conjunto los partidos comunistas), y no marxistas «científicos». Sus afirmaciones fundamentales carecen de la base de un análisis suficientemente serio de la realidad sociopolítica y económica.

Los eurocomunistas afirman que, contrariamente a lo que sucedía en la Rusia de la Revolución de Octubre, en los países capitalistas industrializados ya se ha alcanzado un grado suficiente de desarrollo de las fuerzas productivas como para poder implantar un socialismo marxista verdaderamente democrático. Pasando por alto el sabor «economicista» de esta afirmación (19), los eurocomunistas parecen ignorar que el análisis de la rea-

(17) La calificación del capitalismo contemporáneo como «capitalismo de monopolios» tendría que matizarse mucho. Incluso en la literatura marxista no se suelen tener ideas claras sobre el concepto de monopolio en la obra de Marx. Véase el conjunto de magníficos estudios en: R. Ebbighausen (editor), *Monopol und Staat*, Frankfurt, 1974.

(18) Aquí cabría destacar la obra de Jürgen Habermas, el último representante de la Escuela de Frankfurt. Véase: ENRIQUE M. UREÑA, *La Teoría Crítica de la Sociedad de Habermas. La crisis de la sociedad industrializada*, Tecnos, Madrid, 1978. Véase también: J. E. RODRÍGUEZ IBÁÑEZ, *Teoría crítica y sociología*, Siglo XXI, Madrid, 1978, y su sustancioso artículo «Legitimación y conflicto en las sociedades industriales avanzadas», *Sistema* (29-30), mayo, 1979.

(19) Ya en Marx el desarrollo de las fuerzas productivas juega aporoblemáticamente un papel de ilustración crítica, cuando precisamente lo típico del capitalismo

lidad política y económica de la URSS y demás países del Este da como resultado la existencia de una *contradicción no resuelta entre planificación económica y democracia política*. Es decir, el problema de *democracia o dictadura* en una sociedad socialista marxista no es sólo un problema político, ni un problema de subdesarrollo económico, sino *un problema inherente al funcionamiento mismo de una economía socialista*. El análisis de la realidad de la economía soviética desarrollada da, además, como resultado que, precisamente una vez alcanzado un grado elevado de desarrollo de las fuerzas productivas, estas últimas entran en contradicción con las relaciones socialistas de producción existentes, sin que por el momento se haya logrado encontrar una solución satisfactoria (20). La carencia absoluta de análisis de esta problemática por los eurocomunistas convierte a la afirmación que estamos comentando en una afirmación abiertamente *ideológica*, tan ideológica como sería la de afirmar que *es imposible* llegar a realizar algún día una economía socialista con democracia política. Sencillamente eso: el problema está ahí y hay que estudiarlo, no ignorarlo.

La teoría marxiana de la revolución se distingue de otras teorías revolucionarias y de transformación social por haber descubierto *un determinado sujeto histórico revolucionario*, que habría de impulsar definitivamente el paso a la nueva sociedad sin clases, a la nueva sociedad desalienada. Ese sujeto histórico es la *clase asalariada*, y ya indiqué antes cómo su carácter objetivamente revolucionario estaba fundamentado en el análisis económico del funcionamiento de la forma capitalista de producción. Ahora bien, el análisis económico de las sociedades capitalistas avanzadas (con su intervención estatal, etc.), aun cuando arroje el resultado de que estas últimas siguen desarrollándose sobre el mecanismo económico de la producción de plusvalía o explotación, ya no descubre un capitalismo que reproduce una clase asalariada en condiciones objetivas de configurar un sujeto revolucionario, sino un capitalismo que más bien tiende a evitar esto último. El sujeto revolucionario en nuestras sociedades superindustrializadas lo van siendo cada vez más *todos* los ciudadanos. Este cambio de sujeto revolucionario corresponde al cambio en el tipo de crisis que es característico y significativo del capitalismo avanzado: ya no crisis económica, sino crisis cultural. El modelo kantiano de la *ilustración* de *todos* los miembros que componen la sociedad sería ya más apto que el modelo marxiano de la *lucha de clases* impusada *por una parte* de esa sociedad (los asalariados como clase) (21). El Eurocomunismo recoge esta ampliación cualitativa del sujeto revolucionario cultural, pero sigue intentando mantener su carácter de partido *de clase* mediante puros giros retóricos, tales como el de que al asalariado le corresponde el «papel hegemónico» en la revolución. El Eurocomunismo *necesita* seguir hablando de la clase asa-

avanzado es que ese desarrollo está desempeñando un papel ideológico. Véase mi estudio citado en la nota anterior, capítulo IV.

(20) Véase, p. ej., A. NOVE, *The Soviet Economic System*, London, 1977; J. WILCZYNSKI, *The Economics of Socialism*, London, 1972 (2.ª ed.), y *Socialist Economic Development and Reforms*, London, 1972; W. BRUS, *Funktionsprobleme der sozialistischen Wirtschaft*, Frankfurt, 1971; S. S. DZARASOV, *Y prablenie sozialistitschesnim proizvodstvom*, Moscú, 1976.

(21) Véase: ENRIQUE M. UREÑA, *La crítica kantiana de la sociedad y de la religión. Kant predecesor de Marx y Freud*, Tecnos, Madrid, 1979.

lariada «a la antigua usanza» para no perder su identidad. Y *puede* hacerlo, manteniendo a la vez sus pretensiones de marxismo «científico», gracias a que no se embarca en un análisis económico y sociopolítico radical del capitalismo avanzado, en forma semejante a como Marx lo hiciera en su tiempo.

Finalmente falta también en el Eurocomunismo un análisis marxista del concepto de *verdadera democracia*. ¿Qué significa llegar al socialismo por vía democrática? ¿Dónde están las mediaciones de los análisis económicos y sociopolíticos de las sociedades capitalistas desarrolladas? ¿Dónde está la mediación entre la «sociedad sin clases» marxista, nacida de la revolución del proletariado, y el «socialismo verdaderamente democrático», nacido de una revolución cultural de la gran base ciudadana «a lo Kant»? Los términos «democracia» y «verdadera democracia» siguen siendo conceptos vacíos en el Eurocomunismo, precisamente porque les falta la profunda mediación económica y sociopolítica típica de los términos clave de la obra marxiana.

Precisamente en la unión de la valentía del Eurocomunismo para recoger los problemas centrales que se plantean hoy al marxismo clásico en los países capitalistas industrializados, con esa incapacidad para tratarlos a un nivel siquiera medianamente científico, es en donde yo veo el síntoma privilegiado de la autodesintegración del Marxismo como alternativa compacta y científicamente definida al capitalismo y de la decrepitud histórica de los partidos comunistas. La nueva y culturalmente trágica situación de las sociedades capitalistas avanzadas ya no puede encontrar sólo en Marx el guía para su remedio. Ha de volverse más bien a los ideales de transformación moral, de verdad, libertad y justicia, que son la herencia de toda una gran tradición cultural de Occidente (22). Y ha de buscar una vía que apunte hacia una posible reestructuración socialista de la economía, que sea compatible con aquellos ideales. Pero esa vía ya no puede pasar por los partidos comunistas ni por ningún «*corpus científico marxista*», sino por partidos y por movimientos socialistas que sean radicalmente independientes de lo que ha sido la encarnación histórica del Marxismo hasta el momento presente.

Por eso el Eurocomunismo—y ahí está precisamente en este caso su significación histórica—es un fenómeno inestable. Ha de terminar necesariamente avanzando aún más hacia adelante o retrocediendo unos pasos atrás. Esto último significaría volver a un comunismo más o menos clásico, suavizado ciertamente por las exigencias del momento histórico actual. Avanzar más hacia adelante, en coherencia con la línea iniciada, significaría la autodesintegración de su comunismo marxista, su autodisolución en un esfuerzo común por construir una sociedad más humana, más libre y más justa, más verdaderamente democrática; una sociedad que ya no sería patrimonio exclusivo de Marx, sino patrimonio de toda la gran tradición cultural occidental moderna. Y, aun cuando a los más idealistas y exaltados les

(22) También creo que algunas tradiciones orientales podrían ayudar a rescatar la subjetividad individual, tan amenazada actualmente en Occidente.

E. M. UREÑA

hiera los oídos, tendríamos que tener muy en cuenta en la realización de ese esfuerzo aquella prevención de Kant: la consecución de los fines de la ilustración (léase: de la revolución cultural que libere nuestras sociedades capitalistas superindustrializadas) constituye un proceso *lento y difícil*, que además sólo puede discurrir felizmente si se tienen bien puestos los pies sobre el suelo de la *experiencia* (23).

“DEONTOLOGIA PARA EMPRESARIOS”

Por Javier **GOROSQUIETA**
Doctor en Economía

Primera PARTE:

La Dirección Comercial

Segunda PARTE:

Las Relaciones Industriales

Tercera PARTE:

La Dirección Económico-Financiera

* * *

Un amplísimo y verdadero código de ética profesional
desde los más rigurosos planteamientos técnicos

480 páginas

600 pesetas

Pedidos a:

CENTRO LOYOLA

Pablo Aranda, 3

MADRID-6

Teléfono (91) 262 49 30

(23) ENRIQUE M. UREÑA, *La crítica kantiana...*, o. c., p. 18.